

## 11. Abordaje

El angosto valle que lleva hasta la playa de Saturrarán es un embudo de donde difícilmente se puede escapar si cortan la retirada, solo queda la salida por mar y esa alternativa ya la contempló, antes de que llegaran los franquistas, el Gobierno Vasco recién constituido, con dos pesqueros fondeados en la vecina Ondarroa, preparados para zarpar.

Los nacionalistas optaron por llevar al nuevo frente vizcaíno las tropas acuarteladas hasta entonces en Saturrarán, donde se habían formado como unidades especiales del batallón vasco. En los antiguos establecimientos hoteleros-marítimos no quedaban soldados pero sí una unidad especial de inteligencia de gran valor.

Ya no era un secreto para los sublevados que se construía, alrededor de Bilbao, una fortificación que resultaría inexpugnable: el Cinturón de Hierro. Miles de toneladas de hierro, cemento y arena para crear un sistema de defensa dotado con bunkers, trincheras, ametralladoras, cañones..., siguiendo las pautas aprendidas en la primera guerra mundial y que luego servirían para crear la línea Maginot en Francia. El esfuerzo económico y los recursos invertidos en este proyecto fueron enormes, el tiempo apremiaba, pero las expectativas de mantener Bilbao a salvo valían la pena. Era patente la superioridad militar de los rebeldes por la aportación del Eje fascista.

El mando franquista de la Campaña del Norte tenía conocimiento exhaustivo de estas obras defensivas, eran muchas las fuentes de información, una de ellas muy peculiar: colocaban mensajes escritos dentro de las pelotas con las que jugaban en los frontones, bastaba con descoser el cuero y volver a cerrarlo, en cualquier pueblo, en cualquier frontón se intercambiaban las pelotas y los informes. La construcción del Cinturón estaba muy controlada.

Pero los nacionalistas precisaban magnificar su fortaleza, difundiendo que era inexpugnable, querían crear un nuevo Alcázar, donde los atacantes podrían dejar miles de muertos y debilitar sobremanera sus ejércitos. Quién sabe si hasta poner en peligro el resultado de la guerra. Había que frenar el avance como fuera. Tenían que exagerar el poder del Cinturón de Hierro para que tuviera un efecto disuasorio y, al menos, subiera el coste que suponría la toma de Bilbao. El Gobierno Vasco necesitaba mejorar sus cartas para fortalecer su postura en las negociaciones secretas que mantuvo durante la contienda en busca de una solución pacífica.

Se hicieron dos proyectos, uno el viable, que se construyó, y otro el que se publicitó, mucho más sólido, mejor dotado de armamento, con trincheras profundas bien comunicadas, a prueba de bombas de gran calibre... Una verdadera fortaleza intratable. Su construcción hubiera sido titánica y muy onerosa, imposible. Pero el proyecto teórico no realizado tuvo un efecto amenazante y, de hecho, se cuestionó la conveniencia de bordear Bilbao.

El señuelo de los planos del improbable cinturón fueron traídos de Francia por Juan de Etxabe, la noche en que ardió Irún y se cerró definitivamente la frontera con el país vecino. Entonces Antxon escoltó

al portador del proyecto hasta el barco que lo llevó a Saturrarán patroneado por Krispín, los dos amigos estuvieron mezclados en un destacado episodio sin saberlo.

La proximidad de los rebeldes obligó a Etxabe y a los suyos a abandonar precipitadamente los viejos cuarteles junto a la playa, no sin antes dejar el falso proyecto de manera que pudiera ser descubierto y confundiera a los nacionales para que creyeran en un Cinturón de Hierro mucho más difícil de asaltar de lo que sería. Los picachos oscuros de Saturrarán les despedían mientras caminaban rápido hacia Ondarroa, sorteando la pequeña loma que les separaba, donde un pesquero les llevaría a Bilbao.

Al llegar a puerto escucharon un silbido, un tipo les hacía señas desde el muelle, dos barcos los esperaban con los motores en marcha, uno de ellos era el Izarra. El otro, el Gure Ama, azul, con matrícula de Bilbao, tenía más de quince metros y, aunque de madera y más antiguo, era imponente. El grupo pasó delante del pequeño Izarra sin casi fijarse en él, solo Etxabe hizo ademán de dirigirse hacia la embarcación al reconocerla, pero optaron por llevarlo, casi en volandas, al buque siguiente donde embarcaron.

—¿...Para esto hemos estado esperando todo el puto día? —gritó Locuras con los brazos en jarras, muy cabreado—. Pikutara Joan zaitetzte!<sup>23</sup> —No pudo contenerse.

El primer buque zarpó pesadamente, con maniobras torpes, hacia el Norte, proa a las olas ya importantes que el viento del Oeste había levantado por la noche. Amanecía. El Izarra esperó veinte minutos más, el tiempo para desayunar el anís habitual y tragar su desilusión. Ya no pintaban nada allí.

---

23 ¡Iros a la mierda!

La tripulación y pasaje del Gure Ama, casi todos en cubierta, escucharon primero un ruido apagado de motores que provenía de la amura de estribor, saliendo de la bruma del amanecer. El rugido cada vez más fuerte se fue acercando velozmente y, de pronto, apareció ante sus ojos una elevada proa metálica que como un cuchillo gigante cayó sobre ellos, partiendo en dos las cuadernas del viejo pesquero, como un relámpago, en un instante. El choque fue brutal, el destructor franquista España había partido al buque republicano dejando visibles sus bodegas mientras se hundía rápidamente. Tal vez lo embistiera para evitar disparar sus cañones y así no delatar su presencia a otros barcos enemigos. El abordaje no fue fortuito.

Desde el Izarra se oyó el estruendo aterrador de la embestida. Locuras, indeciso, esperó un rato y optó por salir a la mar ante la inminente llegada de los falangistas al puerto de Ondarroa, pues ya se les veía cruzar el puente a lo lejos. A poco más de una milla encontraron una imagen insólita, el amenazante destructor rebuscaba entre los restos flotantes, manchados de gasoil, a los pocos supervivientes, llevándolos a bordo, como si quisiera reparar el daño y la desolación causada entre las olas.

Locuras dudó ante la posibilidad de que la bestia insaciable la tomara con el pesquero recién aparecido, que no cambió ni el rumbo ni la marcha, y como si no hubiera más que el horizonte despejado a su proa, enfiló hacia el desastre. La suerte estaba echada, ya no podía salir a toda máquina ni volver al refugio donde se sentía menos seguro que en su barco.

Cuando se acercaron a los restos del naufragio, aminoró la marcha buscando una esperanza de vida; fue inútil, la poca que hubiera quedado había caído

en otras manos. Pasaron junto al destructor enemigo esperando un proyectil que los llevara también al fondo del Cantábrico, o una ráfaga de metrallata. El animal parecía ya saciado. Krispín levantó la cabeza hacia el buque agresor y se cruzó con la mirada de su comandante a quien reconoció al instante: ¡era el jefe del Torpedero que abordaron en Pasajes! Éste le hizo un imperceptible gesto con su mano izquierda a modo de saludo que resultó evidente a Locuras que entonces comprendió lo sucedido unos meses atrás.

El joven padre era entonces más prudente y sensible al dolor. No tenía comunicación con su familia hacía ya demasiado tiempo y la incertidumbre era la peor de las noticias. La radio de PYSBE en Pasajes, en manos de los nacionales, no contestaba hacía una semana, como era de esperar.

Empujados por los avances rebeldes, los barcos leales al gobierno ponían de nuevo rumbo hacia el Este, a Bilbao u otros puertos todavía republicanos. El Izarra avanzaba renqueante con destino Bermeo, doblando el Cabo Matxitxako. De puerto en puerto, como los feriantes, Locuras y Krispín preferían los pequeños refugios donde podían reparar sus redes y pescar, era lo suyo. Alejados lo más posible de la maldita guerra aunque, de vez en cuando, les requirieran para alguna acción puntual como cuando les ordenaron que sustituyera al bou Gure Ama recién hundido por el acorazado España, de lo que ellos fueron testigos directos.

El pesquero abordado y desaparecido había hecho también de dragaminas con otra embarcación arrastrera de Bermeo para limpiar de minas el acceso al puerto de Bilbao. Una noche, el destructor Velasco, de la armada franquista, colocó más de veinte de esas bombas de cuernos, utilizadas durante la

Primera Guerra Mundial, en el canal de acceso a la ría del Nervión. Trataban de obstaculizar la llegada de mercantes con armamentos y mercancías para los republicanos, por su único acceso: el mar.

El contacto de un barco con la mina la hacía estallar, era el arma más eficaz de la marina; la clave era colocarlas en los pasos obligados de los buques enemigos y que no se perdieran por el ancho mar con resultados inciertos y, a veces, contrarios a sus fines.

Los esféricos explosivos tenían una barra con un peso en su extremo para que se mantuvieran en la posición más ofensiva: vertical. Retirar las bombas flotantes era una labor delicada y peligrosa. Se trataba de pasar un cable por debajo de ellas, con unas corcheras cada dos metros y una red corta a modo de faldón, para arrastrar la mina por su parte inferior hundida, pero sin rozar un cuerno. El Izarra recogió un extremo del cable que le entregó el pesquero bermeano Iru Anayak a unas tres millas de la bocana. Krispín lo sujetó con precaución a la popa mientras Locuras maniobraba con guantes de seda separándose del otro buque para tensar la maroma. Estando ya los barcos paralelos iniciaron su marcha arrastrando todo cuanto pillaran a dos aguas, todo lo que tuviera unos largos centímetros por debajo de la superficie.

Esa vez lo consiguieron y despejaron el acceso del puerto, detrás de ellos, a prudente distancia y en fila india, entraron los cargueros que habían permanecido fondeados, esperando que despejaran el canal, provenientes de Francia e Inglaterra.

El Izarra nunca más fue requerido como dragaminas, aquella vez fue una emergencia, pero no tenía la potencia necesaria. Sin embargo, les llegó una insólita y magnífica noticia: el destructor España había

sido hundido por una mina propia, una de tantas que los alzados habían colocado en el Cantábrico. No supieron de la suerte de sus tripulantes, pero en su fuero interno deseaban que se hubieran salvado todos. Ellos habían sentido bajo sus temblorosos pies la posibilidad de que una mina los hundiera.

—Guk ere beldur ori ezagutzen degu.<sup>24</sup>

La Marina de Guerra de Euskadi utilizaba al Izarra de comodín, su movilidad y la buena disposición de su patrón lo hacían muy valioso, la tripulación, ellos dos, se sentían orgullosos y respetados. Después de la corta experiencia como dragaminas, el pesquero rojo volvió a sus quehaceres habituales de pesca con base en Bermeo, a lo suyo. A lo que fue suyo.

---

24 Nosotros también sabemos lo que es el miedo.

